



# El pastor y los tres Reyes Magos

## LEYENDA DE PALESTINA

La estrella surcaba lentamente el cielo azul, dejando detrás de ella suavísimo resplandor, y los tres Reyes que habían abandonado sus palacios de marmol al cabo del mundo, la seguían afanosos a través de montes y valles.

Los pajes llevaban presentes magníficos; oro, incienso, mirra, en cofres de plata cincelada para ofrecerlos al Niño Rey.

En Jerusalén se extinguió la estrella sin igual, y los tres Reyes se creían que habían llegado; pero nadie conocía allí al nuevo Rey. ¡Qué tristeza!

Herodes y los escribas, obligados a abrir las profecías, les dijeron:

—¡Id a Belén! Y cuando lo hayáis encontrado—añadía el feroz Herodes—venid a anunciármelo, para que yo, también, con toda pompa, vaya a adorarlo.

Emprendieron la marcha; pero la estrella, al dejarlos, se había llevado toda su alegría; se preguntaban intranquilos si no les habría engañado Herodes, porque aquel villano Príncipe les produjo muy mala impresión y no podían creer que fuera intérprete del cielo. Ensayemos con sola nuestra sabiduría el descubrir algo más seguro, dejemos nuestra comitiva, y vamos solos a investigar en los pueblos.

Ordenaron, pues, a sus escuderos y criados que se detuvieran, y se fueron solos a la ventura por los campos, en-

vuelos por largos montes, que ocultaban su alto cargo.

Dejándose llevar de la inspiración, se internaron y se extraviaron.

—Llegada la noche—dice el sabio narrador de esta leyenda, tan preciosa como poco conocida—, llegada la noche, continuaban perdidos; en vano sus miradas interrogaban el horizonte; no veían asomar ni los cascos ni las lanzas de sus guardias. En vano los llamaban. Sólo el eco contestaba a su voz. La llanura se extendía ante ellos desierta y silenciosa. La noche avanzaba lentamente, y el cielo se tachonaba de estrellas que semejaban perlas de oro; pero en vano trataban de descubrir la que se había elevado allá bajo, en el Oriente, sobre sus palacios de marmol, y a la que habían seguido con tanta abnegación.

Andaban los tres, llenos de inquietud, buscando una choza o abrigo por pobre que fuera, donde pudieran, al menos, esperar la aurora. Pero no percibían luz ninguna, ni las más ligera columnita de humo; ni el más lejano esquillón llegaba a su oído.

De pronto, el Rey Baltasar se detuvo.

—¿No oís?—Preguntó a los otros.

Melchor y Gaspar se detuvieron a su vez.

—¿No será eso más bien—dijo el primero—, el viento que hace crujir las ramas, o las canciones de un ruiseñor, que el eco transmite?

Pero Gaspar, adelantándose, dijo:

—Pues de todos modos, murmullo de viento o canción de ruiseñor, el ruido será nuestro guía.

Y a medida que se adelantaban, el ruido se transformaba en alegre canción, que sólo turbaba el profundo silencio de la noche.

Y los tres Reyes dieron un grito de alegría al verse delante de una cabaña.

La ventana estaba entreabierta, y a la luz del tronco que ardía en el hogar, vieron que era una choza miserable, y en el interior a un hermoso muchacho de quince o dieciséis años tocando alegremente la flauta.

Los Reyes llamaron pero la flauta no dejaba oír.

Entonces, sin más cumplido, empujaron la puerta que sólo estaba entornada, y entraron.

Al ruido se volvió el muchacho, y pareció muy sorprendido al ver a aquellos tres desconocidos, vestidos tan extrañamente, pues los Reyes con sus largos mantos ocultaban cuidadosamente sus ricos trajes bordados.

—¿Qué queréis?—les preguntó.

—La hospitalidad—contestó Melchor,—algo de comer, y un rincón donde descansar. Después nos indicará el camino, porque nos hemos extraviado y no sabemos hallar a nuestros compañeros.

—Somos unos pobres comerciantes—añadió Baltasar haciendo a los otros dos una señal de inteligencia—, volvemos del Oriente, donde habíamos ido a probar fortuna, y donde no hemos ganado sino miserias y trabajos. Nos morimos de fatiga y hambre. Hemos oído tu canción, tu puerta estaba abierta, y hemos entrado.

—Y habeis hecho bien—interrumpió el muchacho—, la casa es pobre,

la habitación estrecha, y la hucha escasa; pero mi puerta está abierta a todo el que pasa. Nunca estoy más contento que cuando he de partir mi casucha con otro tan pobre y desgraciado como yo.

Después puso delante de ellos una escudilla de madera llena de leche y un pedazo de pan.

—El pan es duro—les dijo—, pero la leche es fresca.

Mientras comían, los Reyes le miraban y pensaban que aquel niño en su pobreza, era tal vez más dichoso que ellos con sus riquezas fabulosas.

—Si quisiérais oír—dijo el pastorcito—, veríais qué bonitas son las canciones de nuestro país.

Y tomando su flauta empezó a preludiar una preciosa melodía.

Y los Reyes oían, perdidos en dulce arrobamiento, aquellas canciones que en la pobre cabaña, que iluminaban tan solo el resplandor del hogar y la luz de las estrellas, les parecían más suaves que las que cantaban ante sus tronos los más célebres poetas, acompañándose con la cítara.

Aquel pastor cantaba a un niño maravilloso, Rey hijo de David, que nació sobre un establo. Salvador que aliviaba todos los males. El traería a la tierra la paz y la dicha; los príncipes vendrían de Sabá y de las islas Tarsis y de Arabia, a traerle presentes magníficos: oro e incienso.

Por la mañana, el pastor reposaba aún, cuando se oyó un gran tumulto alrededor de la cabaña; la llanura se cubrió de camellos, los Reyes, ya en pie, reconocieron su escolta que al fin los hallaba.

—No podeis partir sin llevar este pedazo de pan—dijo el pastor.

Y ellos, aceptando su humilde regalo, pusieron en sus manos tres bolsas de oro.

—Es tuyo—le dijeron—, hemos recibido tu hospitalidad, comido de tu pan, y gustado una dicha indecible: pide lo que quieras.

Y como para manifestar que eran capaces de mantener tales promesas, abrieron sus mantos, dejando ver sus ricos trajes bordados, y lució sobre los cinturones de oro la esmeralda real, y los criados, guardias y escuderos, ha-

biendo entrado, se inclinaron ante sus amos.

—Si tú quieres—añadieron—, te llevaremos con nosotros.

—¡Oh! No tomaré yo esas bolsas de oro, ni tampoco iré con vosotros: aseguran que ha nacido en los alrededores un Niño que ha venido del cielo para salvar al mundo, y quiero cantarle mis canciones.

¡Ay! ¿Y donde está ese Niño? A El venimos buscando.

Id entonces a Belén, y si lo halláis, volved a decírmelo, para que yo pueda ofrecerle mi pobreza.

Te lo prometemos, palabra de reyes.

Y mientras se alejaban, escuchando ávidamente la canción de su amiguito, apareció de repente la estrella que los había precedido en Oriente, y la siguieron con gran alegría. Bien pronto se detenía donde estaba el Niño, con María, su madre.

Y posternándose le adoraron.

Por la noche, durante el sueño, un ángel vino a advertirles que no volvieron a Herodes.

—Pero eso no es posible; hemos prometido avisar al pastorcito, para que también viniera a adorarle y palabra de Rey...

En aquel momento el ángel sonrió, y reconocieron a su pastorcito. Y desplegando sus alas, dejó ver sus harapos, pero tan hermosos, tan brillantes que los Reyes cayeron posternados; sus trajes bordados y sus cinturones de oro, habían perdido su esplendor.

El sol brillaba como la víspera, y en las ondas de sus rayos, el ángel, uniéndose a una de las celestiales huestes, cantó su canción de la víspera: «Gloria in excelsis Deo, et in terra, pax hominibus bonae voluntatis. ¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra la paz!...

Y los Reyes, trasportados de santo entusiasmo, se volvieron a su país por otro camino.

S. A.

## El primer cumpleaños del Niño Jesús

### LEYENDA

Era una sombría noche de invierno. El viento barria las hojas secas, haciendo oír a lo lejos su lúgubre gemit-

do. La Virgen María estaba sentada al lado de un pobre hogar. En los pliegues de su largo manto envolvía al Niño Jesús para preservarle del frío que helaba la tierra, y el Niño Dios sonreía dulcemente en el regazo de su Madre.

La humilde lámpara de los pobres no lucía todavía sobre el tosco candelero de madera de olivo, y el pálido y escaso fulgor de una tímida llama moría entre las cenizas de aquel miserable hogar.

Triste silencio reinaba en el aposento. José no estaba en casa: aquel día había tenido que ir a trabajar bastante lejos, y todavía no había vuelto. María, angustiada, no quería tocar todavía la humilde cena que tenía preparada. ¡Oraba en lo interior de su corazón, y mecía entre sus brazos al Hijo del Altísimo!

De pronto, sin que puerta alguna se abriese, se presentan en aquella triste estancia dos brillantes querubines, cubiertos con largo y misterioso ropaje de blancura incomparable, más deslumbradores que las nieves del Líbano. Y puestos a cada lado de la Virgen, postrados en actitud reverente y con voz más dulce que la del ruiseñor al saludar a la aurora:

«¡Salve (la dicen), llena eres de gracia, el Señor es contigo!»

Y al pronunciar estas palabras, una rutilante y purísima ráfaga de luz, más bella que los destellos del más puro diamante, descendió graciosamente sobre la frente divina del Niño Jesús.

Se estremeció María, más no de temor; que los angélicos espíritus comunicaban frecuentemente con Ella en su soledad para hacer la Corte a su Rey Niño.

«¡Salve! (repitieron aquellos mensajeros celestes). ¡Salve Tú, bendita entre todas las mujeres, que nos has sido dada por Reina! ¡Hoy termina el primer año de la vida mortal del Redentor que es Inmortal!»

«Un año hace, el Altísimo nos envió desde el Cielo para adorar a este Divino Mesías en una pobre gruta.

«Entonces fuimos enviados para presentarle el amor de los hombres, y trajimos a sus pies a los pobres pastores del campo de Belén.

«Por segunda vez el Padre celestial nos hace descender a la tierra hacia su Unigénito, para ofrecerle, también ahora, un nuevo obsequio.

«Este Salvador divino que bajó al mundo por el camino del Amor subirá a su reino eterno por el camino del Dolor!!!»

Y entonces, rindiendo adoración profundísima a los pies de Jesús, que les tendía ya sus manecitas divinas, aquellos purísimos cortesanos del cielo le dieron una sencilla crucecita.

Palideció la Inmaculada Virgen; el Espíritu Santo que llenaba su alma, iluminando para Ella el abismo de los misterios de amor en lo porvenir, le abrió ese libro que estaba escrito con lágrimas.

Pero el Dios Niño estrechaba fuertemente la cruz sobre su corazón amoroso: una nueva ráfaga más brillante que el sol inundó el interior de la mísera vivienda.

Los dos ángeles terminada su tierna misión, remontaron lentamente a los cielos, como si les pesara alejarse de aquella pobre mansión y en la luminosa estela con que surcaron el espacio dejaron caer una lluvia de lirios y rosas que venían a cubrir la cuna del Niño Jesús y desaparecían exhalando celeste aroma, como un incienso quemado a los pies de la Virgen Madre.

¡Oh misterio del amor de Dios a los hombres y de ingratitud de los hombres para Dios! ¡El primer cumpleaños del Niño Jesús fué en el destierro!

## CASOS Y COSAS

El pasado conato de revolución republicano-anarco-sindicalista ha sido de lo más pintoresco del retablo revolucionario.

La consigna era no meterse ahora con la Iglesia. Lo primero traer la gloriosa, que después tiempo habría de ponerle el gorro a todo el mundo. Tampoco se había de cometer desmán alguno: todos buenos chicos, con mucha compostura. Nada, una revolución de guante blanco.

Pero ¿con quienes hacer la revolución? ¿los republicanos solos?

Unas docenas en cada provincia no era lo bastante para triunfar. Había, pues, que buscar alianzas. ¿Con quien? Con todos los enemigos del orden. Primero con los descontentos o mal avenidos con la disciplina militar, luego con los enemigos del orden social los anarco-sindicalistas.

¿Que esto es un disparate?

¿Y desde cuando acá los revolucionarios han tenido cordura?

Y como las alianzas con indeseables se traducen en hechos delictivos y afrentosos, la revolución, a pesar de todos los consejos y mandatos, a las dos horas de comenzar, ya se había convertido en antirreligiosa y comunista.

Y en Gijón hacían una hoguera en la Iglesia de los jesuitas echando a las llamas bancos, confesionarios y hasta los santos.

Y en un pueblo de Málaga se repartían amigablemente las tierras y se acomodaban en los cortijos.

Y los jefes republicanos eran desobedecidos y hasta abucheados si invocaban el orden.

Con razón el periódico comunista ruso «La Pravda», que a pié juntillas creía en el triunfo de la revolución en España—la fé en el triunfo se la daban los veinte millones enviados a los revolucionarios españoles—decía: «El partido comunista español no hará el juego mucho tiempo a la República planeada por miembros de la burguesía y oficiales del Ejército de ideología liberal...»

¡Qué había de hacer el juego por mucho tiempo a los burgueses republicanos!

Aun no asaban y ya pringaban; aun andaba a gatas y a tientas la revolución y los anarco-sindicalistas ya se habían adueñado de los primeros sitios y le habían impreso carácter comunista.

¡Esta vez no ha valido!

¿Pero será esta la última vez?

Seguramente, no.

La revolución como los caracoles ha encogido los cuernos; pero en cuanto venga momento propicio los volverá a sacar ayudada por la revolución internacional cuyo principal avispero es Rusia.

Aliada de la revolución es la carestía de la vida y una de las causas de la carestía de la vida son los cambios.

El gobierno preocupándose de la estabilidad de la peseta hace una gran obra por la paz de España.

Los causantes de la baja de la peseta, los burgueses que llevan sus capitales al extranjero y los especuladores de la peseta son los principales factores de la revolución, más eficaces que los ilusos republicanos que sueñan tontamente en el triunfo de la gloriosa, más culpables que los obreros ignorantes que se echan a la calle pensando en la venida de Jauja, cuando lo que vendría es la desolación rusa con la total ruina de España.

La estabilidad de la peseta con la adaptación de la vida española al valor real de la misma será una medida

de gobierno que hará tanto contra la revolución como la eficaz y bienhechora de la Guardia Civil.

En Francia el gobierno ha ido a parar a manos de un fracmasón, Steeg, el cual como programa salvador trae la escuela única laica.

Steeg fue el Residente General francés en Marruecos que tendió su mano protectora a Abd el Krin lo que costó tantos disgustos y sangre a España y a la misma Francia.

La escuela en la que quiso educar a Abd el-Krin costó a Francia millones; esta escuela única de ahora, puede costarle a Francia su vida de nación civilizada.

La escuela laica en Francia no servirá más que para la recría de lobeznos rusos, que devorarán a Francia como los lobeznos de Abd el-Krin amamantados por Steeg devoraron a millares de franceses y de españoles.

Pero quizá el fracaso de Steeg venga detrás de los Reyes Magos, porque es muy probable que apenas se abra el parlamento las baterías de los buenos franceses den al traste con el tinglado fracmasón.

A. Hernán

## Normalidades y Anormalidades

### Clemencias e Inclemencias

Antes de ayer, y aún la mañana de ayer, estábamos en plena normalidad constitucional en orden a propagandas y huelgas revolucionarias. Hoy, declarado el estado de guerra, estamos en plena normalidad constitucional.

Antes de ayer, inquietud, alarma, anomalía en la vida de los ciudadanos; hoy tranquilidad, normalidad en los hogares y en la calle.

Van en proporción inversa la normalidad constitucional y la normalidad de la vida ciudadana. Se iza el guñapo de las llamadas libertades constitucionales y no se puede vivir; se tira a la basura siquiera por unos días, y siquiera por unos días se puede respirar, sin miedo a que en los hogares manos criminales corten el agua y la luz.

¿Es concebible ceguera tal como para no ver esta realidad evidentísima como el sol meridiano?

Por lo menos cuántos gobernantes han pasado por el Poder la han visto; y al primer amago de anomalía en la vida ciudadana han suspendido la normalidad constitucional.

Pues ¿qué género de locura es ésta que se obstina en gobernar izando y firando a la basura, recogiendo de la basura para volverlo a izar, y así hasta lo infinito, el guñapo de la normalidad constitucional?

Es un género de basura que se llama liberalismo y que, tejiendo y des-tejiendo en esa forma, llega a la anarquía.

Hoy un diario burgués, «El Sol» de Urgoiti, pide, «serenidad y reflexión», viendo a los rebeldes en manos de la autoridad. Es una manera de preparar la impunidad del delito. Es lógico «El Sol»: es izquierdista, y defiende a los suyos, a las izquierdas, a los revoltosos.

Pero un diario liberal derechista, «A. B. C.», que pide a los revolucionarios clemencia para España, después de pedir la libertad liberal de todas las excitaciones a todos los crímenes sin sombra de cortapisa o represión, no es lógico.

Quiere que los revolucionarios se apiaden de España y no la tengan en continuo desasosiego, ni arruinen con la moneda la economía nacional; y no quiere que las leyes estorben las libertades liberales con que todo eso se puede hacer y se hace impunemente, jurídicamente, legalmente. Espera de la clemencia de los revolucionarios lo que había de esperar y no quiere esperar de la justicia de las leyes.

De antemano se les dan en las leyes constitucionales a los revolucionarios unas libertades como otros tantos derechos de justicia, para arruinar a la nación en todos los órdenes, para excitar a todos los crímenes con la pluma y con la lengua. Y luego se hincan de rodillas ante los revolucionarios para que tengan clemencia y no pongan por obra las libertades que se les dan como de justicia. No vale la excusa de que la libertad que se concede a la propaganda, no se concede a la acción, porque la propaganda ya es acción, y la acción es propaganda, y toda propaganda tiende a su ejecución y no tiene otro fin; y cuando llega la hora de la ejecución no siempre hay manera de evitarla ni aún suprimiendo la libertad de la propaganda; pero entonces se reconoce que en la libertad de la propaganda está la raíz del mal y por eso se suprime.

A quien hay que pedir clemencia no es a los revolucionarios de la calle, sino a los revolucionarios del periódico y a los Gobiernos liberales y a cuantos ponen en la normalidad cons-

titucional la normalidad de la vida ciudadana.

¡Cuánta anormalidad, cuánta inclemencia en las gentes «de orden»!

Republicano era Giner de los Ríos, simio del francés Julio Ferry, de quien copió su institución libre de Enseñanza. Republicana es la institución libre de Enseñanza que convierte las cátedras oficiales en cátedras de republicanismo. Y ahí está el señor Tormo, ministro, constituido en defensor acérrimo de esa republicana Institución, a cuyos pies ha colocado el ministerio de Instrucción Pública. ¡Clemencia!

Lo que decimos de la Institución libre de Enseñanza, que además de republicana es atea, lo decimos de tanta publicación atea, republicana, socialista, comunista, anarquista, que forman como el hervidero de los gusanos de la podrebumbre de la normalidad constitucional, suprema aspiración de los Gobiernos liberales y de muchos católicos. ¡Clemencia, clemencia!

Republicanos o republicanizantes son los periódicos burgueses del comercio periodístico. «El Liberal» y el «Heraldo», «El Sol» y la «Voz», y «La Libertad» de los conocidos comerciantes March, Urgoiti y Busquet. Estos periódicos, que explotan la calderilla de las izquierdas republicanas, no vivirían sin el auxilio de la calderilla de los monárquicos.

Clemencia, clemencia..., pero no a los revolucionarios, sino a las autoridades, a los monárquicos, a toda esa gente que se dice de orden y está tocada de manía suicida, tal vez sin sospecharlo por falta de racionalidad y sobra de vesania o de memez.

Oh, es inagotable este tema de la normalidad y anormalidades, de las clemencias e inclemencias desde que hay liberalismo en el mundo.

Fabio

### Bolsa Española de Trabajo para obreros y patronos católicos

Se ha publicado un documento del Cardenal Primado, como delegado pontificio de la Acción Católica en España, sobre la creación de una Bolsa

Española de Trabajo para obreros y patronos católicos.

Una gran crisis económica mundial—dice—tiene actualmente preocupadas las inteligencias de los financieros y hombres sociales y pone en angustiosa expectación y zozobra los ánimos de la gente, y, lo que más es de sentir, lanza a la calle en todas las naciones a gran número de obreros sin trabajo, exponiéndoles al hambre, al frío, a la miseria y a las excitaciones de los perturbadores.

Su Eminencia excita a todos los católicos españoles a ejercitar la caridad, ayudándose mutuamente, no sólo en lo espiritual, sino también en lo material y económico.

Hay, por desgracia, muchos católicos irreflexivos que no reparan en el mal que hacen favoreciendo a empresas neutras o francamente enemigas.

Esta caridad cristiana, la mejor salvaguardia y exaltación de la justicia, debe aplicarse a la clase obrera que padece hoy la grave inquietud del paro forzoso, acaso el más grave problema de los de carácter económico-social.

Si los patronos católicos, sociedades y empresas católicas, entidades de acción católica y comunidades religiosas cumplieran el gran deber de caridad y de proporcionar trabajo a los obreros católicos, no se verían éstos obligados a dar sus nombres a sociedades anticatólicas, aconfesionales y revolucionarias.

Expone el Primado su deseo de que esa nueva Bolsa española de trabajo para patronos y obreros católicos-intelectuales y manuales se extiendan rápidamente por toda España, y espera que en todas partes se le prestará apoyo moral y material.

Por tanto—añade—como delegado pontificio de la Acción Católica en España, declaro fundada la Bolsa Española de Trabajo para patronos y obreros intelectuales y manuales, y la incorporación oficial al organismo nacional de Acción Católica con vida propia y propias juntas y secciones y con Reglamento que en breve publicaremos.

La Imp. Lectura Popular.—Orihuela.